

**May 28<sup>th</sup>, 2023**

La Madre María brilla siempre en el corazón de la Iglesia. Ella es el modelo supremo para una Iglesia joven y confiada, que busca seguir a Cristo con entusiasmo y docilidad. Siendo aún muy joven, María acogió el mensaje del ángel [y] con el corazón y el alma abiertos, respondió: "He aquí la esclava del Señor". Siempre nos impresiona la fuerza del "sí" de María. Nos maravilla la fuerza de aquellas palabras: "Hágase en mí según tu palabra".

María no dio una aceptación pasiva o resignada; no fue un "sí" débil, como diciendo: "Bueno, vamos a intentarlo a ver qué pasa". María no conocía las palabras: "A ver qué pasa". Estaba decidida; sabía lo que estaba en juego y dijo "sí" sin pensárselo dos veces. Su "fiat" fue el sí de alguien dispuesta a comprometerse, alguien dispuesta a correr un riesgo, dispuesta a arriesgarse a perder todo lo que tenía, sin más seguridad que la certeza de saber que estaba haciendo la voluntad de Dios.

La Madre bendita acompañó el sufrimiento de su Hijo, lo sostuvo con su mirada y lo protegió con su corazón inmaculado. Compartió su sufrimiento, pero no se sintió abrumada por él. Fue la mujer fuerte que pronunció su sí, que sostiene y acompaña, protege y abraza. Ella es la gran guardiana de la esperanza.

María era una joven cuyo corazón rebosaba de alegría, cuyos ojos, que reflejaban la luz del Espíritu Santo, miraban la vida con fe y atesoraban todas las cosas en su corazón juvenil. Era enérgica, dispuesta a partir de inmediato en cuanto sabía que su prima la necesitaba. No pensaba en sus propios planes, sino que se dirigía a toda prisa a la región montañosa. Cuando su joven Hijo necesitó protección, María partió con José hacia tierras lejanas. Se unió a los discípulos que esperaban la efusión del Espíritu Santo en Pentecostés. En su presencia nació una Iglesia joven, y los Apóstoles salieron a proclamar la salvación que se encontraba en Jesucristo.

Hoy, María es la Madre de la Iglesia que vela por nosotros, sus hijos, en nuestro camino por la vida. A menudo estamos cansados y necesitados. A menudo estamos ansiosos esperando que la luz de la esperanza no se apague. Este es nuestro deseo: que la luz de la esperanza no se apague nunca. María, nuestra Madre, mira a este pueblo peregrino al que ama y que la busca en el silencio de su corazón en medio de todo el ruido, la algarabía y las distracciones del camino. Bajo la mirada de nuestra Madre María, sólo hay lugar para el silencio de la esperanza.

Recemos tres veces nuestra oración de novena para que Ella envíe a su Esposo, el Espíritu Santo, como nuestro Guía. Ven Espíritu Santo. Ven por medio de la intercesión del corazón inmaculado de María, tu bien amado esposo.

\*\*\*\*\*

Mother Mary always shines brightly In the heart of the Church. She is the supreme model for a young, trusting Church that seeks to follow Christ with enthusiasm and docility. While still very young, Mary accepted the message of the angel [and] with open heart and soul, she replied, “Behold, I am the handmaid of the Lord.” We are always impressed by the strength of Mary’s “yes.” We marvel at the strength in those words, “be it done to me according to your word.”

Mary didn’t give a passive or resigned acceptance; it wasn’t a faint “yes”, as if to say, “Well, let’s give it a try and see what happens.” Mary did not know the words, “Let’s see what happens.” She was determined; she knew what was at stake and she said “yes” without thinking twice. Her “fiat” was the yes of someone prepared to be committed, someone willing to take a risk, ready to risk losing everything that she had, with no more security than the certainty of knowing that she was doing God’s will.

The blessed mother accompanied the suffering of her Son; she supported him by her gaze and protected him with her immaculate heart. She shared his suffering, yet was not overwhelmed by it. She was the woman of strength who uttered her yes, who supports and accompanies, protects and embraces. She is the great guardian of hope.

Mary was a young woman whose heart overflowed with joy, whose eyes,, reflecting the light of the Holy Spirit,, looked at life with faith and treasured all things in her youthful heart. She was energetic, ready to set out immediately once she knew that her cousin needed her. She did not think about her own plans but went with haste to the hill country. When her young Son needed protection, Mary set out with Joseph to a distant land. She joined the disciples in awaiting the outpouring of the Holy Spirit at Pentecost. In her presence, a young Church was born, as the Apostles went forth to proclaim the salvation found in Jesus Christ.

Today, Mary is the Mother of the Church who watches over us, her children, on our journey through life. We are often weary and in need. We are often anxious hoping that the light of hope will not fail. This is our desire: that the light of hope never fail. Mary, our Mother, looks to this pilgrim people whom she loves and who seeks her in the silence of their hearts amidst all the noise, the chatter, and the distractions of the journey. Under the gaze of our Mother Mary, there is room only for the silence of hope.

Three times let us pray our prayer of novena prayer for her to send her spouse - the Holy Spirit as our Guide. Come Holy Spirit. Come by means of the intercession of the immaculate heart of Mary, your well beloved spouse.